

PRECIO 5 centavos

LA PROTESTA

PORTE PAGO

Valores y giros a A. Barrera

Redacción y Administr.: PERU 1537

U. Telefónica: 478-B. Orden

El valor de nuestra intransigencia

La más grave acusación que nos lanzan los anarquistas anárquicos (3), es la que se refiere a nuestra falta de un programa de realizaciones inmediatas, y este nuestro empeño en sostener—contra toda interpretación «realista» del actual momento histórico, la intransigencia doctrinaria de los que elijo la lucha anarquista fósil y cristalizada... Se infiere de esto que, para los revolucionarios, las ideas no se ajustan, o no deben ajustarse a ningún principio teórico, a ninguna utopía que suponga una conquista posterior, contraria a la realidad presente, o a las probabilidades que contenga una doctrina práctica: el marxismo, en este caso, cuyo ensayo realizan los bolcheviques en Rusia.

Trátese de cuestiones técnicas, o de la interpretación de un instrumento revolucionario—en un período «ligero» de la lucha contra el capitalismo—es muy lógico que los anarquistas tengan una misma opinión. Y en ese caso estaría el asunto de la llamada dictadura del proletariado, concebida por los anarquistas como un arma de lucha anticapitalista, pero nunca como un elemento de civilización, o como sistema social impuesto al mismo proletariado para dotar a la sociedad de una nueva estructura económica y de nuevos engranajes jurídicos.

Pero cuando se habla de las consecuencias revolucionarias, del sistema creado por el partido triunfante del Poder establecido por los bolcheviques, no puede haber diferencias de apreciación entre los anarquistas. Y es precisamente que la realidad de un hecho que repugna a nuestros sentimientos libertarios, choca con la concepción ideal de la revolución, que no es, para nosotros, la dictadura del Partido Comunista, el funcionalismo soviético, ni el capitalismo de Estado.

Por exceso de practicismo, los socialistas aceptaron la política reformista y llegaron al colaboracionismo con los partidos burgueses. Por demasiado positivismo, los anarquistas actualistas regresaron de sus principios y, olvidando su intransigencia doctrinaria, en cuanto a la concepción del hecho histórico (la Revolución) y de su posterior consecuencia (el Comunismo Anárquico) justificaron la propaganda de los revolucionarios inspirada—según Marx—en el estudio de la historia y en el ritmo que gradúa los avances de los pueblos en el camino de su emancipación.

No negamos el lado práctico de la posición que ocupan esos anarquistas partidarios del bolcheviquismo. Interpretan una situación realista de la lucha contra el capitalismo y ajustan su conducta al desarrollo sucesivo de los acontecimientos mundiales, sin analizar el fondo de verdad y de justicia que encierra cada acto humano. Para ellos, el proletariado debe ser la fuerza bruta que destruye, y suponen que hay leyes físicas, invariables y absolutas, que presiden los actos de los hombres, imputando su acción en un sentido siempre ascendente.

Y las ideas nada valen en ese caso, como elemento constructivo de una nueva moral y de una nueva justicia, bastándole al proletariado con derribarlo lo que está hecho y construir aquello que le dice su instinto. ¿Será el bolcheviquismo, un conjunto de fuerzas intuitivas, de necesidades y de apetitos, ajeno a una concepción esencial de la vida humana y de los vínculos solidarios que deben unir a todos los hombres? En ese caso, la revolución rusa tendría su fermento en el «chaubre y la miseria física del pueblo, sin otra acción superior, ajena a toda propaganda libertaria realizada anteriormente. Y, el marxismo sería, así, la verdadera expresión, exacta, matemática, del espíritu de la historia: una consecuencia propia de la condición humana, que no sería posible modelar de acuerdo con el espíritu de una moral superior.

Frente a esos anarquistas sin anarquismo, que justifican la necesidad de la dictadura y del Estado—que basan su propaganda en la realidad social que entraña el bolcheviquismo,—nuestra intransigencia revolucionaria representa el mismo papel que los federalistas utópicos representaron frente a los centralistas en el período de descomposición

El egoísmo capitalista aviva el fuego de la revolución

Los aliados de la pasada guerra, si bien impacables su labor de venganza contra los vencidos. Alemania no puede respirar como entidad política, ni como región económica. Milleraud y Lloyd George quieren fragmentarla y reconvertirla como buena presa.

Bajo la máscara del miedo o su futuro resurgimiento, los chacales de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, aprietan el cuello torpemente la garganta del egoísmo y el puñal de la venganza y del odio.

Alemania, la vencida Alemania, no encontrará en sus fortuitos vencedores ni piedad ni piedad. Lo que nosotros tenemos que lamentar no son las consecuencias comerciales e industriales inmediatas, sino el hambre que resulta de la labor tenaz e irreducible de la venganza aliada, para el pueblo que ninguna culpa tiene de los delitos de sus tiranos. El castroado castigo a Guillermo Hohenzollern y a sus cómplices, ha quedado en la nada. Lo que interesa a los capitalistas franceses, ingleses y norteamericanos es solamente aplastar la competencia alemana en los mercados internacionales; y a ese aplastamiento se reducen todos los complots y manipulaciones de la Liga de las Naciones, refrendada por los tratadistas más famosos del derecho de gentes como para dar sanción jurídica al egoísmo criminal y criminoso del capitalismo aliado.

La Liga de las Naciones acaba de resolver en Ginebra el destino de Silesia, en virtud del cual es separada de Alemania la región más rica y la más indispensable a su industria. Sin las minas de Silesia, Alemania no podrá reconstruir su mecanismo económico. El fallo de la Liga de las Naciones es un golpe de gracia a la vitalidad económica y política del no ha mucho poderoso imperio germánico, que ahora quedará entre los más miserios países de Europa.

Por otra parte, si lamentamos las consecuencias inmediatas de la crueldad y ensañamiento de los aliados en Alemania para el proletariado hermano de aquella región, no dejamos de reconocer que la política capitalista está avivando con más eficacia que nosotros mismos, el fuego de la revolución en el mundo entero.

Se dice que estallaron ya disturbios en diversas ciudades alemanas, y que muy probablemente, el pleito de Silesia, fallado contra Alemania, provoque la exaltación del nacionalismo por una parte y la agitación revolucionaria por otra.

Y es evidente: Los capitalistas alemanes, piden sus últimas esperanzas de reconstruir sus riquezas, y el proletariado se ve ante la perspectiva de una tragedia inmensa que le llevará a luchar por su vida con las armas en la mano. Los gobiernos de Francia, Inglaterra y Estados Unidos condenan a los trabajadores de Alemania a pagar durante varias generaciones, las culpas de sus tiranos, de las clases dominantes.

Pero los trabajadores proclamarán sus derechos al producto de su trabajo y harán la revolución a que el capitalismo aliado les condenó, quizás con el propósito de curar luego, más triunfalmente, en la explotación de los recursos económicos de Alemania, como están haciendo ahora en la Rusia de los bolcheviques. Este puede ser el secreto inmenso de los gobernantes aliados que manejan los hilos de la Liga de las Naciones, tablado de una gran farsa, pero los cálculos preventivos de la medida o la altura de una revolución, casi siempre fallan.

Nosotros esperamos con júbilo la nueva convicción revolucionaria que se presente con motivo de la bancarota económica y política de Alemania; el porvenir de esa convicción no lo adivinamos, enemigo impacable del capitalismo en sí, sin distinción de raza, de nacionalidad ni de partido.

Pero una revolución es siempre una revolución de vigor, de deseo de vivir, de ideales colectivos regeneradores.

Hombres de volúmen

En «La Nación», un personaje incógnito y cordobés, revela al corresponsal en la dicha ciudad dos cosas misteriosas y asombrosas: misterios de esfinge que no es dable descifrar a todos los mortales.

La primera revelación consiste en que el señor Irigoyen, presidente de esta nulatería, no interviendrá la provincia de Córdoba. No la interviendrá por ahora, pues si las elecciones a gobernador no dan el triunfo a sus candidatos, mandará el más adicto de sus servidores para que ponga las cosas en su lugar.

La segunda y más colosal revelación, se refiere a algo que no deja asombrados. El candidato único a tomar las riendas que hoy empuña el señor Irigoyen, es un tal Elpidio González, que fue jefe de policía de la capital. Además de este puesto en la cocina radical, fue candidato a la gobernación de Córdoba y hace, actualmente, de comendador de caudombe en aquella provincia.

El personaje incógnito cordobés que hizo estas declaraciones al corresponsal de «La Nación», afirma que él y sus correligionarios con algo de seso, están convencidos de que el tal don Elpidio es una nulidad. Pero el sumo pontífice lo ha ensalzado y divinizado a los ojos del radicalismo, con estas palabras: «Hay hombres que tienen siempre volúmen para cualquier puesto; la cuestión es la oportunidad».

Lo creemos. El tal Elpidio tiene bastante volúmen para ser Presidente. ¿Acaso se necesita, para eso, tener talento o vergüenza? Tanto como para ser jefe de policía, juez o diputado. Y si el Profeta nombra sucesor a su más fiel discípulo, será porque podrá presentarse para eso y tendrá bastante volúmen...

Los obreros ferroviarios ante la perspectiva de la disminución del salario

Los propietarios de los ferrocarriles argentinos están tramando en Londres el medio de salirse con la suya. Han visto la eficaz oposición del gobierno radical, oposición fundada en la proximidad de las elecciones a la presidencia de la república y, después de tachar el voto de Irigoyen al aumento de las tarifas ferroviarias, como anticonstitucional, después de advertir que este gobierno sobrepasa los límites que la ley le fija, parece que están dispuestos a abandonar el proyecto vetado, pero no a conseguir el objetivo propuesto, es decir, el acrecentamiento de sus beneficios. Descartado el aumento de tarifas por ahora, no queda más recurso que disminuir el salario a los obreros.

Los obreros han de ser siempre las víctimas.

De aumentar el dividendo de los accionistas de los ferrocarriles a costa del meandrigo del proletario miserable, es de lo que se está tratando en estos momentos en Londres.

Ya veremos como defiende la burguesía «Confraternals», la integridad de su actual salario! Quizás para eso se muestre un poco combativa.

Tomen nota nuestros bolcheviques

Nuestros ambiguos bolcheviques carecen de una consistencia espiritual que les permita adoptar una actitud definida en estos momentos; por eso la contradicción es en ellos un imperativo categórico de sus ambigüedades; reciben plantar con valentía sus afirmaciones; cluden la claridad; vacilan constantemente y se mantienen en una especie de penumbra que constituye el ideal de los gentes de orden, enemigos de los ex-

Los obreros ferroviarios ante la perspectiva de la disminución del salario

El personaje incógnito cordobés que hizo estas declaraciones al corresponsal de «La Nación», afirma que él y sus correligionarios con algo de seso, están convencidos de que el tal don Elpidio es una nulidad. Pero el sumo pontífice lo ha ensalzado y divinizado a los ojos del radicalismo, con estas palabras: «Hay hombres que tienen siempre volúmen para cualquier puesto; la cuestión es la oportunidad».

Lo creemos. El tal Elpidio tiene bastante volúmen para ser Presidente. ¿Acaso se necesita, para eso, tener talento o vergüenza? Tanto como para ser jefe de policía, juez o diputado. Y si el Profeta nombra sucesor a su más fiel discípulo, será porque podrá presentarse para eso y tendrá bastante volúmen...

LA ENFERMEDAD DEL PUEBLO Y NUESTRO PROYECTO SANITARIO

La infinidad de pestes que asolan la nación, eso que se ha dado en llamar, por ironía de los mundarrines, Salud Pública, ha dado oportunidad a un señor senador, después de urgarse el recipiente del aserrín y rascar la oreja, para presentar un par de proyectos que, a su juicio, resolverán el pavoroso problema.

Después de revisar las estadísticas oficiales de la mortalidad en el territorio argentino—cuyo conocimiento dice que lo conmovió profundamente... — se puso a strabujar, con la serena misión de un fervoroso padre de la patria, en la confección de esos dos proyectos, que producirán el milagro de armar de cuajo todas las calamidades nacionales, incluso el hambre que es la mayor.

Velay los proyectos salvavidas: «El señor Torino proyectó la creación de la Lotería Nacional de Asistencia

Social y de una Comisión Nacional de Asistencia Social.

Estos proyectos abarcan todo el problema de la asistencia social, incorporando al nuevo organismo el actual Departamento Nacional de Higiene y todos los establecimientos hospitalarios de propiedad de la Nación.

—¡Y ya está! ¿Para qué más? — habrá exclamado el señor Torino, levantándose de su butaca con la satisfacción del que cumple una gran misión social que tiene hasta mérito para una estatua.

Pero es el caso que todo el que lea estas estadísticas—deficientes, como todas las estadísticas oficialistas, ya que hay interés preconcebido en ocultar las miserias de casa—comprende sin forzar las entendederas, que no es con producto de lotería ni siquiera con toda la recaudación aduanaera de la nación, con lo que se saneará un país tan vasto y tan infectado como éste.

Pero el mencionado senador, como legislador y como médico, no puede proponer remedios radicales a esa calamidad nacional; porque unos y otros no son más que unos malos curanderos, así del cuerpo social como del individual.

El pueblo argentino está enfermo, infectado hasta los ojos; pero también está hambriento. Sin ser médicos ni legisladores, los anarquistas entendemos que el hambre, o, si se quiere más suave, la escasa y mala alimentación, es el principal factor de la enfermedad del pueblo. Y eso no se corrige con proyectos ni con gastos de drogas; sino con libertad y mejor alimento. ¡Ah!, pero esos remedios no se pueden aplicar desde la legislatura!

Nosotros tenemos un muy vasto proyecto para sanear, física, moral y económicamente al pueblo argentino: la revolución.

«En que hace crecer dos espigas o cestas de trigo, donde antes solo había una, es más útil a la humanidad que todos los diplomáticos del mundo reunidos».

Sterne.

Los reyes del conventillo

Los dueños de la habitación en Buenos Aires se proponen meterse la abeñética ley de alquileres donde la deñ el sol...

Según lo anuncian en los diarios trogloditas, estos apaches del conventillo se han constituido en cuerpo legislativo (¡qué barata está la profesión de legislador!) y han lanzado un proyecto de ley contra los inquilinos, proyecto que, si prospera va a excitar a la mitad de la población de la capital, incluso a nosotros. ¿Cómo qué excita hasta la cédula de identidad para darle entrada a uno de esos cuartuchos llenos de pirisitos y microbios!

«Ningún propietario ni arrendatario alquilará en lo sucesivo su casa, pieza, local, departamento, galpón o escritorio a ninguna persona que hallándose incluida en el fichaje de desalojamiento o lanzamiento haya dado motivos al mismo de acuerdo a la nota que obrará arrendatario a propietario.

«En adelante para el arrendamiento se exigirá la cédula correspondiente de identidad personal para comprobar el aspirante es persona civilmente capaz de contraer obligaciones, aparte de las garantías justas y prudencialmente económicas que estimare pedir el propietario o arrendatario.

«Nada les pide el cuerpo! En ese tren de exigir garantías estos bárbaros van a llegar hasta a hipotecar la escudelería del inquilino con el correspondiente contenido. Habrá llegado el momento que el hombre debe hacerse explotador, cañen o policía para ser inquilino adeseables...

Y habrá llegado el momento, también, de otra cosa: no pagar ni tolerar semejantes imposiciones, y, en último caso, gastar el krosceno de lámpara en una obra de profilaxis, eschinchicida y microbicida, achicofidos, de jaso, las fims antihigiénicas y los fufos del conventillo...

